

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ELIE WIESEL Y
EL SILENCIO DE DIOS**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

Elie Wiesel.
Textos autobiográficos.
Aclaraciones de Wiesel.
Reflexiones de John Lennox.
El silencio de Dios.

CONCLUSIÓN

ELIE WIESEL (1918-2016)

Fue un escritor, filósofo, periodista y novelista que nació en Sighet, cuando este lugar pertenecía al imperio austrohúngaro (1918-1945) y actualmente pertenece a Rumania. El 16 de mayo de 1944, junto con sus padres y hermanas, fue arrestado y enviado al campo de Auschwitz. Él fue uno de los 440.000 judíos deportados desde Hungría. En los últimos días, en la marcha de la muerte, en la evacuación de Auschwitz hacia el campo de Buchenwald, murió su padre. Él pudo sobrevivir y ser liberado el 11 de abril de 1945. No quiso volver a su pueblo, donde seguramente otra familia no judía habría tomado su casa y se fue a París y estudió periodismo en La Sorbona. Posteriormente trabajó en periódicos de Israel, Francia y Estados Unidos. Pudo conocer a sus dos hermanas mayores también sobrevivientes, ya que su madre y su hermana menor también habían muerto. Obtuvo la nacionalidad rumana, israelí y norteamericana.

En 1986 obtuvo el premio Nóbel de la Paz por su defensa de los derechos humanos y de la paz en el mundo. Su trilogía de la noche: *La noche, el alba y el día* es un excelente libro donde narra sus experiencias personales tanto en el campo de Auschwitz como después de su salida. Era de religión judía y escribió principalmente en yidis y francés, pero también en inglés. Fue condecorado como caballero comendador de la Orden del imperio británico, con la medalla presidencial de la libertad de USA, medalla de oro del Congreso de USA y la gran Cruz de la legión de honor francesa. En su libro *La Noche* manifiesta claramente que, aunque nunca perdió la fe en Dios, se enfrentaba a su silencio. No podía entender el silencio de Dios ante semejantes crímenes de los nazis, ni la injusticia ante el mal que existe en el mundo. Seguramente, si no hubiese existido la guerra mundial con todas sus experiencias negativas, hubiera llegado a ser en su humilde pueblo de la actual Rumania un pobre maestro del Talmud. Ahora es una persona conocida en el mundo entero y después de 50 años de su liberación, escribió: ¿Qué hay de mi fe en Ti, Señor del universo? Ahora me doy cuenta de que nunca la perdí, ni siquiera allá durante las horas más oscuras de mi vida ¹. También escribió: *Estoy a menudo contra Dios, pero nunca sin Dios.*

Ciertamente, nuestra pequeña mente humana no puede entender el silencio de Dios, ni los pensamientos de Dios, ni sus planes y muchas veces podríamos decirle: *No te entiendo, pero debemos dejar a Dios ser Dios.* Él sabe mejor que nosotros lo que hace y con toda seguridad qué es lo mejor para todos. Por eso, en los momentos buenos como en los difíciles, en los momentos de paz y en los de dolor, debemos levantar nuestra mente y nuestro corazón a Dios y decirle: *No te entiendo, pero acepto tu voluntad. ¡Alabado sea el nombre del Eterno!*

¹ Wiesel Elie, *A prayer for the days of Awe*, The New York Times, 2-10-1997.

TEXTOS AUTOBIOGRÁFICOS

Escogidos de su trilogía: *La noche, el alba y el día*, Editorial Austral, 12 edición de mayo de 2024. Él nos dice en primera persona:

El día 16 de mayo de 1944 la policía húngara hizo irrupción en todas las casas judías de la ciudad de Sighet. Los judíos, a partir de ese día, no tenían derecho a poseer oro, joyas, objetos de valor. Todo debía ser entregado a las autoridades bajo pena de muerte. A los tres días otro decreto: cada judío debía llevar la estrella amarilla. Tampoco tenían derecho a entrar en los restaurantes, en los cafés, a viajar en tren, a ir a la sinagoga, a salir a la calle después de las 18 horas. Después los confinaron en dos ghettos. A continuación vino la evacuación. Contemplé nuestra casa, donde había pasado años buscando a mi Dios, ayunando para apresurar la llegada del Mesías, imaginando cómo sería mi vida. No estaba triste. No pensaba en nada... Mi padre lloraba. Era la primera vez que lo veía llorar. Del ghetto nos llevaron hacia la estación de tren, donde nos esperaba un convoy de vagones para ganado. Los gendarmes húngaros nos hicieron subir a razón de 80 personas por vagón. Nos dejaron algunas hogazas de pan y algunos baldes de agua. Los vagones fueron sellados. En cada uno se había designado a un responsable que sería fusilado si alguien se escapaba ².

Nos dijeron: Desde este momento ustedes están bajo la autoridad del ejército alemán. Aquel que todavía posea oro, plata, relojes, tendrá que entregarlos ahora. Aquel a quien después se le encuentre cualquiera de estas cosas será fusilado inmediatamente. El teniente húngaro pasó entre nosotros con una canastilla y recogió los últimos bienes de aquellos que no querían sentir más el gusto amargo del terror.

Cuando llegamos al campo de Birkenau junto al de Auschwitz (formaban los dos uno solo) separaron a los hombres a la izquierda y a las mujeres a la derecha... En una fracción de segundo pude ver a mi madre y a mis tres hermanas ir hacia la derecha. No sabía que en ese lugar, en ese instante, me separaba de mi madre y de mi hermana menor Tzipora para siempre. Yo continuaba junto a mi padre, que me tenía de la mano ³.

Todavía no sabíamos qué dirección era la buena, si la izquierda o la derecha. Qué camino conducía al presidio o al crematorio. Nos dijeron: Ustedes están en Auschwitz, que no es una casa de convalecencia. Es un campo de concentración. Aquí ustedes deben trabajar. Si no, irán directamente a la

² Ib. pp. 19-32.

³ Ib. pp. 33-39.

chimenea, al crematorio. Trabajar o el crematorio, la elección está en sus manos. Después anunciaron: Todos los especialistas, cerrajeros, carpinteros, electricistas, relojeros, un paso adelante.

Por la tarde nos pusieron en fila. Tres prisioneros trajeron una mesa e instrumentos médicos. Con la manga del brazo izquierdo levantada, cada uno debía pasar delante de la mesa. Tres antiguos prisioneros, agujas en mano, nos grabaron un número en el brazo izquierdo. Yo me convertí en A-7713. En adelante no tendría otro nombre. Pasaron algunos días. Por la mañana teníamos: café negro. A mediodía: sopa (estuve dos días sin comerla). Al tercer día comía con apetito cualquier sopa. A las seis de la tarde, pasé lista. Luego pan y cualquier cosa ⁴.

No lejos de nosotros, de un foso salían llamas gigantescas. Estaban quemando algo. Un camión se acercó al foso y descargó su carga: Eran bebés. Sí, los vi con mis propios ojos. Niños entre las llamas. Un poco más lejos otro foso más grande para adultos.

Jamás olvidaré esa noche, esa primera noche en el campo que hizo de mi vida una sola larga noche bajo siete vueltas de llave.

Jamás olvidaré esa humareda.

Jamás olvidaré las caritas de los chicos que vi convertirse en volutas.

Jamás olvidaré esas llamas que consumieron para siempre mi Fe.

Jamás olvidaré ese silencio nocturno que me quitó para siempre las ganas de vivir.

Jamás olvidaré esos instantes que asesinaron a mi Dios y a mi alma, y a mis sueños que adquirieron el rostro del desierto.

Jamás lo olvidaré, aunque me condenaran a vivir tanto como Dios. Jamás.

La barraca donde nos hicieron entrar era muy larga. En el techo, algunos tragaluces azulados. La antecámara del infierno debe de tener ese aspecto. Tantos hombres enloquecidos, tantos gritos, tanta brutal bestialidad.

Decenas de reclusos nos recibieron, bastón en mano, golpeando en cualquier parte, a cualquiera, sin razón alguna. Las órdenes: “¡Desnudarse! ¡Rápido! ¡Raus! Conserven solamente el cinturón y los zapatos en la mano”.

⁴ Ib. pp. 49-53.

Había que arrojar la ropa al final de la barraca. Ya había allí una gran pila. Trajes nuevos, otros viejos, sobretodos desgarrados, harapos. ¡Para nosotros era la verdadera igualdad!, la de la desnudez. Temblando de frío ⁵.

Alrededor de las cinco de la mañana, nos echaron de la barraca.

Los kapos nos golpeaban de nuevo, pero yo había dejado de sentir el dolor de los golpes. Una brisa helada nos envolvía. Estábamos desnudos, el cinturón y los zapatos en la mano. Una orden: “¡Correr!”. Y nosotros corrimos. Al cabo de algunos minutos de correr, una nueva barraca.

Un barril de petróleo en la puerta. Desinfección. Lo sumergen a cada uno. Luego una ducha caliente. A todo correr. Al salir del agua, nos echan afuera. Correr de nuevo. Otra barraca: el almacén. Unos tablones muy largos. Montañas de trajes de presos. Nosotros corremos. Al pasar nos arrojan pantalón, blusa, camisa y calcetines.

En algunos segundos, habíamos cesado de ser hombres. Si la situación no hubiera sido trágica, habríamos podido estallar de risa. ¡Qué vestimentas! Meir Katz, un coloso, había recibido un pantalón de niño, y Stern, un hombrecito flaco, una blusa en la cual se perdía. Enseguida realizamos los intercambios necesarios.

Dirigí una mirada a mi padre. ¡Cómo había cambiado! Sus ojos se habían enturbiado. Hubiera querido decirle algo, pero no sabía qué.

La noche había pasado. La estrella de la mañana brillaba en el cielo. Yo también me había convertido por completo en otro ser. El estudiante talmudista, el niño que había sido, fue consumido por las llamas. Solo quedaba una forma que se me parecía. Una llama negra se había introducido en mi alma y la había devorado.

Tantos acontecimientos habían tenido lugar en pocas horas que había perdido por completo la noción del tiempo. ¿Cuándo habíamos abandonado nuestra casa? ¿Y el ghetto? ¿Y el tren? ¿Una semana solamente? ¿Una noche, una sola noche? ⁶.

De noche, acostados en nuestras literas, tratábamos de cantar algunas melodías jasídicas y Akiba Drumer nos destrozaba el corazón con su voz grave y profunda. Algunos, hablaban de Dios, de sus voces misteriosas, de los pecados

⁵ Ib. pp. 42-45.

⁶ Ib. p. 47.

del pueblo judío y de la liberación futura. Pero yo había dejado de rezar. No había renegado de su existencia, pero dudaba de su justicia absoluta. Akiba Drumer decía: *Dios nos pone a prueba. Quiere ver si somos capaces de dominar los malos instintos de matar en nosotros a Satán. No tenemos derecho a desesperar. Y si nos castiga implacablemente es porque nos ama tanto más*⁷.

En el almacén trabajaba a menudo junto a una joven francesa. No nos hablábamos: ella no conocía el alemán y yo no comprendía el francés.

Me parecía que era judía, aunque aquí pasaba por “aria”. Era una deportada de trabajo obligatorio.

Un día en que Idek el kapo se entregaba a su acceso de furor, me encontré en su camino. Se arrojó sobre mí como una bestia feroz golpeándome en el pecho, en la cabeza, soltándome, volviéndome a agarrar, dándome golpes cada vez más violentos hasta que quedé cubierto de sangre. Como me mordía los labios para no gritar de dolor, él debió de tomar mi silencio por desprecio y continuó golpeándome a más y mejor.

De pronto se calmó. Como si nada hubiera pasado, me envió a trabajar. Como si juntos hubiéramos participado en un juego cuyas partes tuvieran la misma importancia.

Me arrastré hasta mi rincón. Me dolía todo el cuerpo. Sentí que una mano fresca me enjugaba la frente ensangrentada. Era la obrera francesa. Me sonreía con su sonrisa enlutada y me deslizó en la mano un trocito de pan. Me miraba directamente a los ojos. Sentí que habría querido hablarme pero que el miedo la oprimía. Permaneció así largo rato, luego su rostro se iluminó y me dijo en un alemán casi correcto:

—Muérdete los labios, hermanito... No llores. Guarda tu rabia y tu odio para otro día, para más tarde. Vendrá ese día, pero ahora no. Espera. Aprieta los dientes y espera.

Muchos años más tarde, en París, leía el diario en el metro. Frente a mí estaba sentada una señora muy hermosa, de cabellos negros y ojos soñadores. En alguna parte había visto esos ojos. Era ella.

—¿No me reconoce, señora?

—Señor, no lo conozco.

—En 1944, usted estaba en Alemania, en Buna, ¿no es cierto?

⁷ Ib. p. 56.

—Pues sí...
—Usted trabajaba en el almacén de electricidad.
—Sí —contestó ella un poco turbada. Y después de un momento de silencio—: Espere. ahora recuerdo.
—Idek, el kapo. el chiquillo judío. sus dulces palabras.

Abandonamos juntos el metro para sentarnos en la acera de un café. Pasamos la tarde entera evocando nuestros recuerdos.

*Antes de dejarla, le pregunté:
—¿Puedo hacerle una pregunta?
—Ya sé cuál, diga.
—¿Cuál?
—Si soy judía... Sí, soy judía. De familia practicante. Durante la ocupación me procuré papeles falsos y me hacía pasar por “aria”. Es así como me incorporaron a los grupos de trabajo obligatorio y, deportada a Alemania, me salvé del campo de concentración. En el almacén, nadie sabía que yo hablaba alemán: ello hubiera despertado sospechas. Las pocas palabras que le dije fueron una imprudencia; pero sabía que usted no me traicionaría ⁸.*

Un día un joven polaco fue condenado a muerte. El jefe del campo empezó a leer el veredicto, marcando cada frase:

—En nombre de Himmler... el detenido número. ha robado durante la alerta. Según la ley, parágrafo. el detenido número. es condenado a la pena de muerte. Que sea una advertencia y un ejemplo para todos los detenidos. Lo ahorcaron. Presenció otras ejecuciones.

Un día, saltó la central eléctrica de Buna. Llamada al lugar, la Gestapo llegó a la conclusión de que era un sabotaje. Se descubrió una pista. Ella conducía al bloc del oberkapo holandés. ¡Y allí se descubrió, en un registro, una cantidad importante de armas!

El oberkapo fue detenido inmediatamente. Fue torturado durante semanas enteras, pero en vano. No delató ningún nombre. Fue trasladado a Auschwitz. Y no se oyó hablar más de él.

Pero su pequeño pipel (niño) quedó en el calabozo del campo. Torturado igualmente, también permaneció mudo. Entonces los SS lo condenaron a muerte, como asimismo a otros dos detenidos a quienes se les habían encontrado armas.

⁸ Ib. pp. 64-65.

Un día que volvíamos del trabajo, vimos tres horcas levantadas en el recinto de llamada, tres cuervos negros. Llamada. Los SS a nuestro alrededor, con las metralletas apuntándonos: la ceremonia tradicional. Tres condenados encadenados y, entre ellos, el pequeño pipel, el ángel de ojos tristes.

Los SS parecían más preocupados, más inquietos que de costumbre. Colgar a un chico ante millares de espectadores no era poca cosa. El jefe del campo leyó el veredicto. Todos los ojos estaban fijos en el niño. Estaba lívido, casi tranquilo, y se mordía los labios. La sombra de la horca lo cubría.

El lagerkapo, esta vez, se negó a servir de verdugo. Tres SS lo reemplazaron.

Los tres condenados subieron juntos a sus sillas. Los tres cuellos fueron introducidos al mismo tiempo en las sogas corredizas.

—¡Viva la libertad! —gritaron los dos adultos.

Pero el pequeño callaba.

—¿Dónde está el buen Dios, dónde está? —preguntó alguien detrás de mí. A una señal del jefe de campo, las tres sillas cayeron.

Silencio absoluto en todo el campo. En el horizonte, el sol se ponía.

Luego comenzó el desfile. Los dos adultos ya no vivían. Su lengua colgaba hinchada, azulada. Pero la tercera soga no estaba inmóvil: el niño, muy liviano, vivía aun...

Más de media hora quedó así, luchando entre la vida y la muerte, agonizando ante nuestros ojos. Y nosotros teníamos que mirarlo bien de frente. Cuando pasé delante de él todavía estaba vivo. Su lengua estaba roja aún, sus ojos no se habían apagado. Detrás de mí oí la misma pregunta del hombre:

—¿Dónde está Dios, entonces? ⁹.

El último día del año judío nos distribuyeron la comida de la noche, una sopa muy espesa, pero nadie la tocó. Querían esperar hasta después de la oración. En el recinto de llamada, rodeado de alambradas electrificadas, millares de judíos silenciosos con la cara descompuesta, se reunieron.

Aumentaba la oscuridad. De todos los blocs continuaban afluyendo otros reclusos, capaces de pronto de vencer al tiempo y al espacio, de someterlos a su voluntad. “¿Qué eres Tú, Dios mío, comparado con esta masa dolorosa que

⁹ Ib. pp. 74-77.

viene a gritarte su fe, su cólera, su rebeldía? —pensé rabioso—. ¿Qué significa Tu grandeza, Señor del Universo, frente a toda esta flaqueza, frente a esta descomposición y esta podredumbre? ¿Por qué turbar aún sus almas enfermas, sus cuerpos tullidos?”.

Diez mil hombres habían venido para asistir al solemne oficio, jefes de blocs, kapos, funcionarios de la muerte.

—Alabad al Eterno...

Acababa de oírse la voz del oficiante. Al principio creí que era el viento.

—¡Alabado sea el nombre del Eterno!

Millares de bocas repitieron la bendición, se prosternaron como árboles en la tempestad. ¡Alabado sea el nombre del Eterno!

¿Por qué, por qué lo alabaría yo? Todas mis fibras se rebelaban. ¿Por qué había hecho quemar a millares de niños en los fosos? ¿Porque hacía funcionar seis crematorios noche y día, hasta los días de Sabbat y los días de fiesta? ¿Por qué en su omnipotencia había creado Auschwitz, Birkenau, Buna y tantas fábricas de la muerte? ¿Cómo decirle: “Bendito seas Tú, el Eterno, Señor del Universo, que nos has elegido entre todos los pueblos para ser torturados noche y día, para ver a nuestros padres, a nuestras madres, a nuestros hermanos terminar en el crematorio, alabado sea Tu Santo Nombre, Tú que nos has elegido para ser degollados en Tu altar?”.

Oía la voz del oficiante elevándose, poderosa y entrecortada a la vez, en medio de las lágrimas, los sollozos, los suspiros de todos los asistentes:

—¡Toda la Tierra y el Universo son de Dios!

En medio de esa reunión de orantes, yo era una especie de observador extraño.

El oficio terminó con el Kadish. Cada uno decía Kadish por sus padres, por sus hijos, por sus hermanos y por sí mismo.

Permanecimos un largo momento en el recinto de llamada. Nadie osaba romper ese milagro. Después llegó el momento de la puesta del sol y los detenidos volvieron a paso lento a sus blocs. ¡Oí que se deseaban un buen año!

Iom Kipur. El Día del Perdón.

¿Había que ayunar? La cuestión fue debatida ásperamente. Ayunar podía significar una muerte más segura, más rápida. Aquí se ayunaba todo el año. Todo el año era Iom Kipur. Pero otros decían que había que ayunar justamente porque era un peligro hacerlo. Había que mostrar a Dios que aun aquí, en este infierno cercado, éramos capaces de entonar Su alabanza.

Yo no ayuné. En primer lugar, por complacer a mi padre quien me había prohibido hacerlo. Además, porque no había ninguna razón para ese ayuno. Ya no aceptaba el silencio de Dios. Consumiendo mi escudilla de sopa, veía en ese gesto un acto de rebelión y de protesta contra Él.

Y mordisqueé mi pedazo de pan. En el fondo de mi corazón, sentí que se había producido un gran vacío ¹⁰.

El hombre es demasiado pequeño, demasiado miserable e ínfimo para tratar así de comprender las misteriosas vías de Dios. Pero ¿qué puedo hacer? No soy un sabio, un justo, no soy un santo. Soy una simple criatura de carne y hueso. Tengo ojos y veo lo que aquí se hace. ¿Dónde está la misericordia divina? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo puedo creer, cómo se puede creer en ese Dios misericordioso? ¹¹.

Una tarde nos avisaron que íbamos a ser evacuados. El campo iba a ser abandonado y nosotros seríamos enviados a retaguardia ¿Adonde? A algún lugar recóndito de Alemania. El jefe del bloc distribuía doble ración de pan y de margarina para el viaje. Se podía retirar del almacén la cantidad de trajes y camisas que uno quisiera.

Era la marcha de la muerte con un intenso frío, caminando sin descanso. Los que se desplomaban en la nieve sucia eran asesinados.

En medio de tantos (desesperados) había un rabino de una pequeña comunidad de Polonia. Un hombre muy bueno a quien todo el mundo quería en el campo, hasta los kapos y los jefes de blocs. Pese a los sufrimientos y desgracias, su cara continuaba, irradiando su pureza interior. En Buna era el único rabino, a quien nunca se omitía denominar rabí. Parecía uno de esos profetas de antaño siempre en medio de su pueblo para consolarlo. Y hecho

¹⁰ Ib. pp. 78-81.

¹¹ Ib. p. 89.

extraño, sus palabras de consuelo no sublevaba a nadie. Realmente los apaciguaba ¹².

Proseguimos la marcha. Los muertos quedaron en el patio, bajo la nieve, como guardias fieles asesinados y sin sepultura. Nadie había recitado por ellos la oración de los muertos. Los hijos abandonaron los despojos de sus padres sin una lágrima.

En el camino, nevaba, nevaba, nevaba sin fin. Marchábamos más lentamente. Los guardias mismos parecían fatigados. El pie herido había cesado de hacerme sufrir. Debía de estar completamente helado. Ese pie para mí no existía. Se había separado de mi cuerpo como la rueda de un coche. Tanto peor. Tenía que hacerme a la idea: viviría con una sola pierna. Lo esencial era no pensar en eso. Sobre todo en ese momento. Dejar los pensamientos para más tarde.

Nuestra marcha había perdido toda apariencia de disciplina. Cada cual iba como quería, como podía. Ya no se oían disparos. Los guardias debían de estar cansados.

Pero la muerte no tenía ninguna necesidad de ayuda. El frío hacía concienzudamente su trabajo. A cada paso alguien se desplomaba dejando de sufrir ¹³.

Después de varios días de caminar, subieron a un tren y llegaron al campo de Buchenwald. El 10 de abril de 1945, todavía estábamos unos veinte mil en el campo, entre ellos unos centenares de niños. Decidieron evacuarnos a todos de una sola vez. Hasta la noche. Luego harían saltar el campo.

Estábamos entonces apiñados en el inmenso recinto de llamada, en filas de cinco, esperando que se abriera el portón. De pronto, empezaron a aullar las sirenas. Alerta. Volvimos a los blocs. Era demasiado tarde para evacuarnos esa noche. La evacuación fue postergada para el día siguiente.

El hambre nos torturaba; no habíamos comido nada desde hacía seis días, salvo un poco de hierba y algunas cáscaras de patatas encontradas en los alrededores de las cocinas.

A las diez de la mañana, los SS se dispersaron a través del campo y comenzaron a rechazar a las últimas víctimas hacia el recinto de llamada.

¹² Ib. pp. 103-104.

¹³ Ib. p. 105.

El movimiento de resistencia decidió entonces entrar en acción. Por todas partes surgieron hombres armados. Ráfagas. Estallidos de granadas. Los niños permanecemos boca abajo en el piso del bloc.

La batalla no duró mucho. Alrededor de mediodía todo había vuelto a la tranquilidad. Los SS habían huido y los resistentes habían tomado la dirección del campo.

Aproximadamente a las seis de la tarde del 11 de abril de 1945, el primer tanque americano se presentó a las puertas de Buchenwald. Éramos libres.

Nuestro primer gesto de hombres libres fue lanzarnos sobre las vituallas. No pensábamos más que en eso. Ni en la venganza, ni en nuestros padres. Solo el pan.

Y aun cuando ya no teníamos hambre, nadie pensó en la venganza. Al día siguiente, algunos jóvenes corrieron a Weimar a juntar patatas, buscar ropas. Pero de la venganza ni rastros.

Tres días después de la liberación de Buchenwald, caí muy enfermo: una intoxicación. Fui transferido al hospital y pasé dos semanas entre la vida y la muerte.

Un día pude levantarme, después de reunir todas mis fuerzas. Quise verme en el espejo que estaba colgado en la pared de enfrente. Desde el ghetto no había visto mi cara. En el fondo del espejo, un cadáver me contemplaba. Su mirada en mis ojos no me abandona más ¹⁴.

Después de permanecer cinco semanas en el Buchenwald liberado, me metieron en un tren que iba a París. Francia me ofrecía refugio. Al llegar a París, una institución de ayuda me envió a pasar un mes de vacaciones —para que pudiera restablecerme— a un campamento de jóvenes, en Normandía.

De regreso en París, la misma institución de ayuda me procuró una habitación, en la calle Marois, y me asignó una pequeña suma que me permitió vivir y pagarme las lecciones de francés que un señor bigotudo —cuyo nombre he olvidado— me daba todos los días, salvo sábados y domingos. Deseaba adquirir el dominio suficiente de la lengua francesa para seguir cursos de filosofía en la Sorbona.

¹⁴ Ib. pp. 128-129.

La filosofía me atraía: quería comprender el sentido de los acontecimientos de los cuales había sido víctima. Ese grito de dolor, de cólera, que había lanzado en el campo contra Dios y contra el hombre que solo se le parece por lo cruel, quería volver a oírlo en términos actuales, analizarlo en un clima de distensión.

Me obsesionaban tantas preguntas. ¿Dónde se encuentra a Dios? ¿En el sufrimiento o en su negación? ¿Cuándo es humano un hombre? ¿Diciendo sí o gritando no? ¿A dónde conduce el sufrimiento al hombre? ¿A la pureza o a la bestialidad? ¹⁵.

Estando en Nueva York, un día sufrió un gravísimo accidente. Nos dice: Un taxi que marchaba a gran velocidad había llegado por el lado izquierdo y atropellándome me había arrastrado algunos metros más lejos.

La ambulancia llegó al cabo de veinte minutos. Entretanto, apenas di señales de vida. No lloraba, no me quejaba, no decía nada.

En la ambulancia, repetidas veces volví en mí, por unos segundos, perdiendo enseguida el conocimiento. Fue en esos cortos intervalos que di a Kathleen instrucciones de una precisión asombrosa sobre las cosas que debía hacer por mí: avisar al diario, telefonar a uno de mis amigos y rogarle que me reemplazara temporariamente; cancelar unas citas; pagar el alquiler, el teléfono, a la planchadora. Habiéndome liberado de todos esos problemas inmediatos, cerré los ojos y no los abrí hasta cinco días más tarde.

Además, Kathleen me había informado de lo siguiente: el primer hospital adonde la ambulancia me había llevado me había negado la entrada. Había poco espacio. Todas las camas estaban ocupadas. Al menos es lo que habían dicho. Pero Kathleen pensaba que era un pretexto. Al echar una ojeada sobre mi estado, los médicos lo habían juzgado desesperado. Mejor era desembarazarse del moribundo lo más rápido posible.

La ambulancia había seguido su camino tentando suerte en el New York Hospital. El médico observó:

—Todos los huesos del lado izquierdo, pulverizados; hemorragia interna; conmoción cerebral; los ojos, todavía no se puede saber: afectados o no. Lo mismo el cerebro: esperemos que no esté afectado.

¹⁵ Ib. p. 144.

Después de tres días de consultas y de espera, los médicos decidieron que, después de todo, valía la pena intentar una intervención quirúrgica. De todos modos, no tenía gran cosa que perder. Por otra parte, con un poco de suerte, si todo marchaba bien...

La operación duró mucho tiempo. Más de cinco horas. Dos cirujanos tuvieron que relevarse. El pulso había caído peligrosamente, fui considerado como muerto. A base de transfusiones de sangre, inyecciones, oxígeno, me volvieron a la vida.

Finalmente, los cirujanos prefirieron limitar la operación a la cadera. El tobillo, las costillas y otras fracturas menores podían esperar. Lo más importante, por el momento, era detener la hemorragia, cerrar la incisión, coser las arterias cortadas. El resto se haría en otro momento. Había que terminar lo más pronto posible. Si no, era el fin.

Me llevaron de nuevo a mi habitación, donde durante dos días todavía estuve entre la vida y la muerte. El doctor Russel, que cuidaba de mí con una dedicación sin igual, seguía siendo pesimista en cuanto al resultado final de la lucha. Tenía demasiada fiebre y perdía demasiada sangre.

Al quinto día por fin subí a la superficie. Siempre me acordaré de ello: abrí los ojos y, deslumbrado por la blancura del cuarto, tuve que cerrarlos inmediatamente. Pasaron algunos minutos antes de que pudiera volverlos a abrir y ubicarme en el tiempo y el espacio.

A ambos lados de la cama percibí botellas de plasma colgadas de la pared. No podía mover los brazos: dos grandes agujas estaban clavadas en ellos mediante vendajes quirúrgicos. Todo debía estar listo para el caso de que hubiera que volver a hacer una transfusión urgente.

Traté de mover las piernas, el vientre: mi cuerpo no me obedecía. Me invadió un repentino temor: estar paralizado. Hice esfuerzos sobrehumanos para gritar, para llamar a una enfermera, a un médico, a un ser humano, para saber la verdad. Pero estaba demasiado débil. Los sonidos se detenían en mi garganta pastosa. “Tal vez he perdido también la palabra”, pensé.

Me sentía solo, abandonado. En lo más profundo de mí mismo descubrí un anhelo: hubiera preferido estar muerto.

Una hora más tarde, el doctor Russel entró en el cuarto y me anunció que iba a vivir. Mis piernas no serían amputadas. No podía moverlas porque estaban

enyesadas como el cuerpo entero. Solo quedaban visibles la cabeza, los brazos, y los dedos de los pies.

—Vuelve usted de muy lejos —dijo el joven doctor.

No respondí nada. La pena por haber vuelto de tan lejos no me había abandonado todavía.

—Hay que agradecer a Dios — prosiguió.

Lo observé detenidamente. Sentado al borde de la cama, con los dedos entrecruzados, su mirada reflejaba una intensa curiosidad.

—¿Cómo se hace para agradecer a Dios? —le pregunté.

Mi voz solo era un murmullo. Pero podía hablar. Sentí una alegría tal que mis ojos se llenaron de lágrimas. El hecho de haber quedado con vida me había dejado indiferente o casi. Pero la comprobación de que no había perdido el poder de la palabra me inundó de una emoción que no logré disimular ¹⁶.

ACLARACIONES DE WIESEL

Al principio, mi relación con Dios era de profundo compromiso, y con la ayuda de Moche encontré la fe y estudié el Zohar. Yo deseaba pasar mi vida centrada en el judaísmo, y dedicaba todo mi tiempo libre y energías a los estudios religiosos. Dios jugaba un papel importante en mi vida, pero lo hacía mecánicamente.

Cuando la situación se desintegró, y millones de seres humanos experimentamos el holocausto, tanto yo como muchos judíos seguimos alabando a Dios. Una vez que llegamos a Auschwitz, muchos incluso recuperaron su fe. Yo alababa también a Dios, pero no mecánicamente sino por las cosas más simples que puedes imaginar. Cuando mis zapatos quedaban cubiertos de barro, y no eran encontrados por los guardias de las SS, yo agradecía a Dios por haber creado el barro.

En general, en Auschwitz yo experimentaba un sentimiento de profunda seguridad en Dios, aferrándome a la ilusión de que Dios nos estaba cuidando y permitiendo superar las dificultades. Cuando todo el trauma del holocausto desapareció, y pude volver a la vida normal, volví a retomar mi compromiso con Dios, dándome cuenta de la importancia que Dios juega en el mundo.

¹⁶ Ib. pp. 236-239.

*Mi fe es una fe herida, pero creo en Dios. Mi vida no es una vida sin fe, y nunca me he divorciado de Dios*¹⁷.

REFLEXIÓN DE JHON LENNOX

John Lennox nos dice: *Encontré una mujer judía en una sinagoga judía europea. Ella estaba buscando su identidad y quería averiguar algo sobre varios de sus familiares muertos en el holocausto. En la sinagoga había una réplica de las palabras que estaban colocados en la puerta principal del campo de concentración nazi de Auschwitz: Arbeit macht frei (El trabajo nos hace libres). Detrás de esa puerta había fotografías de los horrendos experimentos médicos del doctor Josef Mengele llevados a cabo con niños, especialmente gemelos en el campo de exterminio. La mujer gritó: “¿Y qué hace la religión con esto?”.*

¿Qué le podía responder? Ella había perdido a sus padres y a muchos familiares en el Holocausto. Yo le respondí: “No insultaría la memoria de sus padres ofreciéndole una respuesta simplista. Usted sabe que yo soy cristiano. Eso significa que creo que Jesús es el Mesías. También creo que era Dios encarnado que vino a nuestro mundo como Salvador que es lo que significa su nombre. Ahora sé que todo esto es aún más difícil de aceptar. Sin embargo, solamente piense en esta pregunta: ¿Si Jesús era realmente Dios, como creo que era, qué estaba haciendo Dios en una cruz?”

¿Podría ser que fue ahí donde Dios comenzó a ocuparse de nuestro dolor, demostrando que no permanecía distante de nuestro sufrimiento humano, sino que pasaba a formar parte de él? Para mí, este es el principio de la esperanza y es una esperanza viva que el enemigo, la muerte, no puede destruir. La historia no acaba en la oscuridad de la cruz. Jesús venció a la muerte. Resucitó de los muertos y un día, como juez juzgará todo con justicia equidad y misericordia absolutas”.

Se hizo un silencio estremecedor. Ella seguía de pie. Después de un momento, con lágrimas en los ojos, discretamente, pero de forma audible dijo: “¿Por qué nunca nadie me había hablado de mi Mesías?”.

Jesús no es simplemente una persona que sufrió para mostrar solidaridad con nosotros por nuestro sufrimiento Fue algo más profundo que eso. La

¹⁷ Entrevista del 10-12-2004 concedida por Elie Wiesel al profesor Georg Klein para la revista sueca *The Nobel Prize*.

*afirmación única del cristianismo es que en la cruz Jesús sufrió algo mucho peor que la crucifixión: sufrió para expiar el pecado*¹⁸.

Por su parte el padre Ignacio Larrañaga en su libro *El arte de ser feliz* escribe: *He conocido familias piadosas que vivieron siempre según sus exigencias de una fe consecvente y ahora, de pronto, les ha caído una cadena de infortunios (accidentes de carretera, muertes prematuras, injusticias, quiebras económicas). No hay otra explicación: están sufriendo por los demás.*

He visto criaturas pequeñas sin culpa ni malicia marcadas para siempre por la invalidez o por la enfermedad; trabajadores que fueron despedidos, quedándose sin pan y con ocho hijos en casa; basta asomarse a los pabellones de un hospital para ver cuántos enfermos se consumen lentamente durante años y años, hasta extinguirse por completo en una cama; basta recorrer cualquier calle y entrar casa por casa para encontrarnos con centenares y millares de víctimas de la mentira, la traición, enfermedades incurables, agonías dolorosas... Sabiéndolo o sin saber, están sufriendo y muriendo por los demás, con Cristo, cargando sobre sí las cruces de la humanidad.

EL SILENCIO DE DIOS

¿Cómo explicar el silencio de Dios? Dios lo puede todo y puede corregir y castigar a los culpables de crímenes, especialmente si son graves, como en el holocausto judío. ¿Por qué no lo hizo? Simplemente, porque Dios ha querido que seamos libres para poder merecer por nuestras buenas obras. Dios se reserva su habar para después de la muerte, cuando nos vaya a juzgar.

Yo preguntaría a todos los que hablan de la injusticia de Dios al permitir que los crímenes graves que se cometen en el mundo no sean por él corregidos ni sancionados de inmediato, ¿preferirían que lo hiciera? ¿De verdad? ¿Qué sucedería en ese caso? Si cuando un hombre, poderoso o no, va a cometer un crimen grave Dios lo corrige visible y sensiblemente, tendría que hacer un milagro para ello. La historia humana estaría llena de milagros de Dios para evitar crímenes y fechorías de gran calado.

Por supuesto que Dios ya habla de alguna manera por medio de la conciencia de cada uno. Pero es cierto también que muchos de los grandes asesinos pierden el temor y matan sin compasión. Y nada los hace detenerse. No tienen compasión ni tolerancia con los demás y solo una manifestación

¹⁸ Lennox, Lennox, *Disparando contra Dios. ¿Por qué los ateos no dan en el blanco?*, Publicaciones Andamio, Barcelona, 2016, pp. 219-221.

extraordinaria de Dios podría hacerles detenerse. Pero como hemos anotado, en este caso Dios tendría que hacer milagros y muchos todos los días, pues todos los días hay asesinos que matan y poderosos que fomentan guerras y destruyen y matan sin compasión. ¿Qué pasaría entonces? Los seres humanos perderían el gran mérito o desmérito de la libertad. Todos se abstendrían de cometer graves pecados, porque Dios los corregiría y castigaría de inmediato. ¿Entonces sí podrían decir todos: Dios es justo y no tolera los graves pecados contra los demás, especialmente los crímenes que ahora se mantienen impunes en este mundo?

Tendríamos que decir que Dios no respetaba la libertad humana para obrar bien o mal y todos obrarían bien para evitar la corrección y el castigo de Dios. ¿Es esto lo que desean los que hablan del silencio de Dios? ¿Quieren en este mundo hombres libres u hombres tímidos, que solo actúan bien por miedo al castigo?

¿Sería eso mejor que el actuar actual de Dios? Porque todas las víctimas de tantos verdugos de la historia, de tantos crímenes de la guerras y de tantas injusticias, aunque sufren males en esta vida y mueran, con su muerte inocente se ganan normalmente el cielo y el premio de Dios es por toda una eternidad. En cambio los verdugos sufren ya en esta vida una sentimiento de vacío existencial y de infierno interior que, aunque no crean que es Dios el que les habla para que se conviertan, les pedirá cuentas en el momento de su muerte.

Pensemos que la vida es muy corta y el tiempo pasa rápido como el viento. ¿De qué les sirve vivir 20 ó 40 años llenos de dinero, de poder, de fama, de lujos y placeres, si en el momento de su muerte Dios les va a hablar seriamente y les hará justicia? Dios, como Padre amoroso, quiere que todos se arrepientan de sus errores y muchos lo hacen y lo han hecho a lo largo de la historia como Rudolf Hóss, el famoso comandante del campo de concentración de Auschwitz, que se confesó y murió arrepentido antes de que lo ahorcaran el 16 de abril de 1947.

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta de sus pecados y viva con él eternamente. Por eso, Dios tiene paciencia con nosotros y muy especialmente con los pecadores. No hay ningún gran pecador a quien Dios no le dé una oportunidad de arrepentimiento antes de morir. Dios, en el último momento, les dará una conocimiento y una libertad tan plena de lo que son, de lo que han hecho y de lo que les espera, que todos podrán arrepentirse. Ciertamente que habrá algunos (pocos o muchos) que no aceptarán arrepentirse, que preferirán vivir eternamente con ese odio y maldad con que han vivido en este mundo, pero ellos mismos se fabrican su sufrimiento eterno al decidir para siempre estar lejos de Dios en compañía de los demonios. Y Dios, padre

amoroso, sentirá que algunos de sus hijos no lo quieran y lo rechacen para siempre.

Aquellos que se arrepientan, aunque sea al final, tendrán que pagar las consecuencias de sus pecados durante muchos años (dependerá de cada uno), permaneciendo en el estado de purgatorio, sufriendo mucho más de lo que se puede sufrir en este mundo. Entonces ¿Dios habla o no habla? Dios tiene paciencia y tolerancia, incluso con los pecadores y espera, aunque sea hasta el final, para que el pecador se arrepienta y pueda sentir la alegría de recibirlo algún día en su cielo. De todos modos, ¿valió la pena cometer crímenes en esta vida para vivir con poder, placer, fama, dinero, placeres y otros lujos de esta tierra y después tener que pasar muchos más años sufriendo horriblemente en el purgatorio? ¿Y los que no se han querido arrepentir, no han recibido al irse libremente al infierno con los demonios un castigo merecido por sus pecados?

Entonces, ¿Dios habla o no habla? No habla milagrosamente en este mundo para respetar la libertad de cada uno. Habla a través de la conciencia y por otros medios, pero dejando siempre el poder de decisión sin impedírselo a los malvados. Pero al final también hablará cuando sientan ese vacío existencial interior que ya comienza a hablarles en esta tierra de que su camino está equivocado. En una palabra, digamos en resumidas cuentas: Dios nunca hace daño ni directa ni indirectamente. Siempre desea nuestro bien Y, si permite a los malos hacer daño a los buenos, no es por callarse, sino por respetar su libertad, pero les seguirá hablando a su conciencia hasta el final y especialmente en el último momento en que les hablará claramente y les dirá, dándoles un conocimiento claro y una libertad plena (que no tienen en este mundo por los condicionamientos de las limitaciones humanas de su educación o de sus ideales equivocados) para decidir para siempre su destino.

Dejemos a Dios ser Dios, dejemos que actúe como lo hace, dándoles una vida inmensamente mejor a las víctimas inocentes de los malvados en el cielo y un sentimiento profundo de tristeza, de vacío producido ya en esta vida y después por toda la eternidad para los malvados, que se creían triunfadores y que podían matar sin compasión. Sencillamente Dios ha postergado su hablar claro y, mientras tanto, ha bendecido con el cielo a las víctimas inocentes y no ha dejado ser felices a los malvados, que sentirán hasta su muerte y, si no se arrepienten por toda la eternidad, ese sufrimiento y vacío generado por su odio, perversión y maldad.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto las experiencias de Wiesel en el campo de concentración y los interrogantes que le plantearon el silencio de Dios, hemos

podido dar una pista para entender a Dios. Dios sabe todo, incluso el futuro. Dios es más inteligente de lo que podemos imaginar e igualmente poderoso. Eso quiere decir que, aunque no comprendamos muchas cosas de su actuar divino, debemos aceptar que él nunca se equivoca y que lo que hace o permite es lo mejor para nosotros. Lo dice claramente por boca de San Pablo: *Dios todo lo permite por nuestro bien* (Rom 8,28).

Además Jesucristo, en la parábola del trigo y de la cizaña, nos da una clara explicación del silencio de Dios al permitir que crezca la cizaña junto con el trigo, es decir que vivan los buenos junto con los malos, pero al final la cizaña, que no se haya convertido en trigo, será sancionada y sufrirá las consecuencias. La justicia de Dios no se manifiesta claramente en este mundo. Pareciera que a Dios no le importara la injusticia del mundo, pero en realidad, solo posterga su acción para después de nuestra muerte. Al final él hablará y tendrá la última palabra.

Y los aparentes triunfadores, los que se creían dominadores por haber engañado, robado, masacrado a otros, serán los que pagarán las consecuencias de sus actos. Si se han arrepentido, tendrán un largo, largo purgatorio, donde durante muchos años tendrán que sufrir mucho más de lo que se puede sufrir en este mundo. Vistas así las cosas, no vale la pena que por conseguir unos 20 ó 40 años de placeres, triunfos y diversiones tengamos que pasar después muchísimos años de purificación en el purgatorio en el mejor de los casos, pues en el peor se habrán empecinado tanto en sus placeres y maldades que preferirán irse eternamente a vivir con los demonios en un mundo infernal, lleno de odio, de perversión y de maldad.

Y todo esto sucede, porque Dios nos ama tanto que quiere que seamos libres eternamente. Y no quiere imponer a nadie ir al cielo y amarlo. Tiene que ser libre y voluntariamente. Los que han vivido, haciendo daño a los demás y no se hayan arrepentido y tampoco quieran saber nada con Dios, serán respetados y podrán irse eternamente con los demonios. ¿Valió la pena hacer daño a los demás y no aceptar a Dios? El silencio de Dios no es un silencio absoluto, sino temporal, porque al fin los que parecían derrotados y víctimas inocentes de los poderosos irán al cielo y esos poderosos, no arrepentidos, pasarán no 20 ó 40 años; sino toda una eternidad en un infierno que ellos mismos se han fabricado, al negarse a amar a Dios y a los demás y preferir el odio al amor, la impureza a la pureza, el mal al bien, a los demonios a Dios.

Dios sabe lo que hace, aunque no lo comprendamos. Él sabe los pros y los contras de todas las cosas. Él conoce el presente y también el futuro. Y a los malos les seguirá dando la oportunidad de arrepentirse hasta el final de su vida. Él no quiere la condenación del pecador y lo espera cada día como un padre a su hijo querido. Pero al final él hablará,

hará justicia y tendrá la última palabra. Su silencio es solo temporal o, por mejor decir, es un silencio estratégico para seguir dando oportunidades a los malos de convertirse, porque mientras hay vida hay esperanza.